

EN EL MÁS

ABSOLUTO SILENCIO

ANAYET BARSE

HOGAR PERSONAS MAYORES PICARRAL

Es media tarde. Todos mis planes se habían venido abajo. Solo hacía unos minutos que programaba mentalmente como serían las horas de las que disponía para limpiar la casa del pueblo aquella tarde. De todo lo que había organizado, solo abrir la puerta y las ventanas para que entrase el aire fresco y limpio, era lo único que había podido conseguir. El Sol se había cubierto. Una fuerte tormenta se aproximaba y en esa frenética carrera, la oscuridad salió victoriosa y todo quedó en penumbra.

Unos fuertes truenos se escuchaban a lo lejos, eso me hizo temer lo peor, por el sonido tan atronador que se escuchaba, presagiaba que el agua venía acompañada de granizo, y ¡del gordo! Ese extraño fenómeno no se me había olvidado aún. Hacía años que no lo escuchaba y sin embargo no me pasó desapercibido.

La limpieza tendrá que esperar, pensé. En ese mismo momento, las bolas de hielo se estrellaban en la calle, fachada, balcones y persianas. En un momento toda la calle quedó blanca como la nieve por el granizo y las tuberías de plástico que canalizan el agua del tejado, se llenaron de agujeros dejándolas inservibles para aquel uso. El hielo tapó los salideros y una cortina de agua tapaba la visión desde cualquier ángulo. Cerré las ventanas que habían quedado abiertas y sentí la soledad más absoluta con la que nunca había lidiado mientras me acompañaba el ruido amenazante de la lluvia.

Cuando todo pasó, abrí de nuevo las persianas y veía bajar el agua por las calles empinadas como si se tratase de un río de aguas bravas. «Estamos esperando que llueva y quizás solo haya sido de perjuicio. Pensé, los agricultores habrán sufrido pérdidas de cosecha y el agua seguramente haya hecho más daño que beneficio»

Apoyé mi frente al cristal mientras pensaba en los años que yo vivía allí y recordé los campos mecidos por el viento, primero verdes, luego dorados, esperando ser segados para el sustento de la casa. Después de la cosecha de cereal, venía la de almendras, todo el suelo teñido de tonos marrones, y por último las uvas que colgaban negras como el azabache en tiempos de vendimia, esperando ser recogidas de la vid. Recordé el pueblo lleno de vida, del ir y venir de sus vecinos al campo, a las huertas, al cuidado del ganado. Personas partiéndose el lomo por un trabajo que con días como el de hoy, todo quedaba truncado. Ya no se podía recoger el fruto que tantos esfuerzos y sudores había costado sacar adelante.

Lo que tiene el agricultor es tenacidad. Vuelve a cultivar los campos, sin saber si al año que viene será igual. El siempre piensa que el próximo será mejor. Sus manos siembran vida, ellos nunca piensan en la desgracia.

Eso me hace pensar, lo distinto que veo la vida yo ahora. Mire hacia donde mire, solo veo casas vacías, ya no tengo vecinos donde pedir ayuda, saludarles, o que me cuenten los últimos chismes del pueblo. Las chimeneas ya no están humeantes, llenas de calor de hogar. La plaza desierta, todas las puertas y ventanas cerradas.

Elevo la mirada al horizonte, por encima de los tejados y resignada, cansada, empañada de anhelos y añoranzas, pierdo mi vista en la distancia. Ni jóvenes ni ancianos. Campos y huertas abandonadas, todos mis vecinos están en el Campo Santo. Intento poner caras en mi mente, pero todas nos han dejado ya. Me quedo unos instantes pensando que ¡Ya conozco más gente en el cementerio que fuera de él! Los bosques y caminos, intransitables, el río lleno de maleza y zarzas. Sin embargo, suena el móvil y pienso.

«Entre tanta miseria y faltar de todos los recursos. ¡Tenemos cobertura!» He dudado en cogerlo, pero, seguro que serán mis hijos, estarán preocupados, no querían que viniera a limpiar la casa, pero, vendrán de vacaciones y conociéndolos, no se iban a poner a limpiar en sus días de descanso. Yo quiero que la casa vuelva a brillar, aunque sea unos días, pero los jóvenes no lo ven así.

Ojalá no hubiese cogido el teléfono, una voz me dice con ironía al otro lado, que tengo suerte de estar en el pueblo, ¡allí sí que se vive bien! dice. Como se atreve a idealizar la vida en este lugar sin conocerla, «y se queda tan tranquilo» Aquí me gustaría verlo vivir día tras día. A ver si piensa lo mismo después.

Cuelgo el teléfono, resignada, entorno la ventana despacio, sin perder de vista la plaza vacía, y acabo por cerrarla del todo. Sigo ensimismada en los pensamientos esperando que llegue la noche, esperando que despeje la tormenta y mañana salga de nuevo el Sol.

Me siento en el sofá olvidado, observando el gran salón en silencio, donde las jotas eran el sonido acostumbrado, los jóvenes riendo, vecinos entrando y saliendo a la casa. Niños que venían a comprar los helados y las pipas que devoraban en unos instantes. Cuantas historias habían transcurrido en aquel salón; allí me enamore, allí jugaron mis hijos, allí hacían

juguets mis padres cuando cerraron el negocio de la hostelería, allí se han celebrado fiestas familiares, bautizos y comuniones. Cuantas historias vividas, ahora convertidas en recuerdos lejanos.

Acabo retirándome a descansar en el más absoluto silencio, pero pensando, que como agricultora que fui en algún momento de mi vida, todavía tengo el deber de regar las semillas de la confianza, en este futuro incierto. Y soñando con un futuro mejor, volví a cerrar los ojos, como si nada hubiera cambiado.